

La casilla postal

En la oficina de Correos de Pistoya, en la calle Roma, tengo una casilla postal. Es la 313, que me han dicho que es el número de matrícula del coche del Pato Donald. Me viene muy bien tener una casilla postal; cuando no la tenía, las veces que no me encontraba en casa, el cartero tenía la mala costumbre de dejarme el correo en el escalón de la entrada, y si llovía se mojaba todo, o lo metía de cualquier manera en la hoja de la puerta, estrujando los sobres. Todo esto no sucede desde que tengo la casilla postal. Si me llega un paquete o un sobre grande, el encargado me deja un aviso, por lo general un papelito amarillo, y yo retiro mi correo cuando quiera, pero sobre todo sin que esté arrugado ni maltratado.

Por ello estoy contento de tener una casilla postal. Lo único que me desagrada es que las mensajerías no dejen los paquetes en Correos, lo cual sería muy cómodo porque la oficina postal de Pistoya está abierta de las 8:20 a las 19:05 y la mensajería no tendría problemas para la entrega; en cambio, siempre que pido libros u otros productos, por ejemplo a Amazon o IBS, estoy obligado a quedarme en casa en espera de que llegue el envío, lo cual es un incordio (el rastreo del envío no te da la hora precisa de la entrega).

En cualquier caso, insisto, la casilla postal es una gran ventaja, aunque me cuesta un riñón (años atrás la renta de una casilla era casi gratuita). Todos los días, o casi, como no está lejos de mi casa, hago una visita a la oficina postal para ver si me ha llegado algo. Esta mañana, cuando he llegado, ha ocurrido una cosa extraña, inesperada. Me he quedado de piedra, no daba crédito a mis propios ojos.

Abro mi casilla, me inclino ligeramente para ver si me ha llegado algo y, en lugar de los sobres de costumbre, libros de regalo, resguardos y cosas así, veo a un tipo, un chavo flacucho, de cabello largo castaño y barba de tres días, que está tumbado en el fondo de mi casilla postal; lleva una camiseta azul de algodón; lo veo de espaldas, con los jeans hasta las rodillas, cogiendo con una chica negra, una muchacha guapa con las clásicas trenzas africanas. Ella tiene los ojos cerrados y no se da cuenta de que estoy ahí.

—Eh, chicos, disculpen —les digo—. Esta es mi casilla postal. ¿Qué chingados hacen aquí?

Ninguno de los dos se inmuta, siguen cogiendo como si no hubiera dicho nada. No me atrevo a alargar la mano dentro de mi casilla postal, que mide 9.5 x 13.5 x 40 cm, y alcanzar con el dedo la espalda del muchacho para darle unos golpecitos en el hombro avisándole de mi presencia.

Me siento molesto, pero no sé qué hacer. Estos cogen que es una maravilla, y me da cosa interrumpir su juego erótico, aunque tenga lugar, sin que yo supiera nada, en el espacio rectangular de mi casilla postal, que, por lo que yo sé, no es una alcoba pública, sino que más bien desempeña funciones comunicativas no precisamente carnales.

—Disculpen, chicos —repito alzando un poco la voz para hacerme oír—. ¿Pueden parar un momento, por favor?

Entonces la chica abre los ojos y lanza un grito que parece más de sorpresa y de molestia por la imprevista interrupción que de auténtica rabia de persona indignada.

—Eh —dice la chica dirigiéndose a mí mientras se recompone de prisa—, ¿qué haces, nos estabas mirando, puerco?

El chico, mientras tanto, se ha volteado hacia la apertura de la casilla, se ha subido los pantalones y me observa con aire de encabronado, la mirada amenazadora.

—No, no, eh, un momento —digo—, pero cuál pinche mirón, yo soy el propietario, o sea el arrendatario de esta casilla y me he asomado solo para ver si me había llegado algo.

—Ah sí, claro —dice el chavo—, para ver si te ha llegado algo. Muy bien, muy bien. A mí en cambio me parece que nos estabas espiando mientras hacíamos el amor. Quién sabe desde cuándo estás ahí, hijo de puta.

—No, espera, hay un malentendido... —balbuceo.

—¿Nos conocemos? —me interrumpe el chavo.

—Seguro que no —le respondo.

—¿Entonces por qué me tratas de tú?

La cosa se está poniendo fea. Desafortunadamente, no ha entrado nadie en la sala de las casillas postales; no tengo testigos a los que recurrir para denunciar a los intrusos que se han apoderado de mi casilla para ponerse cómodos y fornicar. Podría pasar de ellos y cerrarles la puerta en las narices, y con llave... En cualquier caso, la puerta de la casilla está abierta del otro lado, donde está la oficina de clasificación del correo, y estos tipos podrían largarse fácilmente.

No pienso rendirme.

—Oiga, amigo —digo intentando calmar los ánimos.

—«Amigo» se lo dirás a tu hermana —amenaza el matón, que ahora está parado en mi casilla postal, con los brazos en jarra en actitud agresiva, desafiante.

—Solo quería decirle, si tiene la paciencia de escucharme, que no hay necesidad de enojarse. Yo vengo casi todos los días a ver si me ha llegado algo y la verdad es que nunca los había visto.

El matón me sigue mirando raro, pero parece ceder al diálogo.

—Nosotros llevamos aquí por lo menos tres meses —dice sin abandonar su aire de desprecio.

—¿Tres meses? —digo.

—Sí, tres meses —insiste él—. Si no nos hemos encontrado será por casualidad —sigue el matón, y añade volteándose hacia su compañera con una sonrisita burlona—: el otro día, por fastidiar, meamos encima de una postal que te había llegado; nos molestaba, estorbaba nuestras cosas, nuestros movimientos.

Y estallan en risas, los muy pendejos, se doblan de las carcajadas. Se habrán quedado a gusto meando sobre mi correo.

Ahora que lo pienso, no hace mucho me llegó una postal, enviada por mi amigo Franco Giovanetti, de Belluno, que tenía estampada una foto de Dino Buzzati, una foto famosa en la que el escritor bellunese está mirando hacia abajo, con ojos tristes, y lleva un sombrero negro; la postal estaba un poco húmeda, mojada, pero lo atribuí a la lluvia porque en esa temporada llovía mucho y pensé que se había mojado por un descuido de Correos.

Este particular de la postal «mojada» y el descubrimiento de cómo se mojó me sacan de quicio. No puedo más, pierdo la paciencia y estallo:

—¿Saben qué les digo? ¡Que se vayan a la chingada, pedazos de mierda! —y cierro violentamente la casilla postal sin preocuparme siquiera de girar la llave en la cerradura.

Salgo enfurecido del departamento de casillas postales, casi arrollando, sin darme cuenta, a una mujer con un niño en la carriola, y me dirijo hacia la entrada de la oficina postal. Pregunto por el director, que me recibe enseguida. Es muy amable. Me dice que me ponga cómodo y, después de escuchar mis reclamaciones por la historia de los dos folladores que se la pasan alegremente en mi casilla postal, se levanta y cierra la puerta del despacho para que nadie nos pueda oír.

Hablando en voz baja, el director me dice que está apenado, se disculpa en nombre de Correos de Italia por las moles-

tias que he sufrido, me pone al corriente de que no soy el único «usuario de casillas en arriendo» (lo dice así, a lo burócrata) que se ha quejado por estos comportamientos ilegales y me informa que la plaga de parejas intrusas que encuentran refugio en las casillas postales —sobre todo jóvenes inadaptados, migrantes, trabajadores precarios, vagabundos, pero también algún pensionista que no llega a fin de mes— se está extendiendo de modo preocupante por todo el territorio nacional. Y que, en cualquier caso, añade el director todavía en voz baja, no debo preocuparme porque Correos de Italia ha tomado ya las medidas adecuadas, ha elaborado un plan de emergencia en colaboración con la Secretaría de Desarrollo Económico y la Secretaría de Gobernación, y el problema se resolverá en el transcurso de los próximos meses.